

La nueva cuestión social: variaciones sobre la subsunción del trabajo en el capital global

Humberto Márquez Covarrubias*

Resumen. En el capitalismo global toma lugar una cuestión social que adquiere matices complejos e intrincados. Las clases sociales no necesariamente se muestran de forma nítida, porque tienden a asumir en su composición y funcionamiento formas heterogéneas o ambiguas que mezclan características que son distintivas de más de una sola clase. Se reproducen muchos casos intermedios, por ejemplo, el de un técnico calificado que es asalariado de una empresa que es un trabajador productivo y que además posee un pequeño capital que le rinde interés, esta figura no puede fijarse sólo en la clase obrera o en la pequeña burguesía. La situación de las amas de casa también se presta a una variedad de condiciones. No obstante, existen condiciones claras que conviene tener en cuenta para caracterizar la nueva cuestión social del capitalismo global. Contrariamente a la tesis convencional, la clase obrera no ha desaparecido, sino que se ha expandido y ha tomado mayor presencia en la sociedad. Debe tomarse en cuenta que los asalariados del comercio, la banca y otras entidades financieras, los empleados comunes del Estado y un amplio abanico de los llamados «servicios» forman parte de esta clase obrera ampliada. En contraposición a la tesis de la desaparición de la clase obrera y el crecimiento de la clase media, desde mediados del siglo XX el proletariado ha ido aumentando a nivel mundial, a consecuencia de la polarización social capitalista. También se debe analizar si la clase obrera se está fragmentando. La noción básica adquiere mayor grado de concreción. La comprensión de lo concreto, no como «palpable», sino más rico en determinaciones. Trabajo subsumido al capital: el papel en el proceso de valorización, en el reparto del valor y en el proceso de emancipación humana.

Palabras clave: capitalismo, trabajo, clases sociales, proletariado, explotación.

* Docente investigador de la Unidad Académica en Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ), México.

The new social question:
variations on the topic of the subordination of labour to global capital

Abstract. With regard to global capitalism, a question arises that acquires complex and intricate nuances. The social classes do not necessarily show a clear demarcation, as they tend to assume in their composition and functioning heterogenous or ambiguous expressions that mix characteristics that are indicative of more than one class. They replicate many intermediate cases, for example, that of a qualified technician who is a salaried employee of a firm and is a productive worker while also having a small amount of capital that returns interest, thus this person cannot be assigned solely to the working class nor to the small bourgeoisie. The situation of home-makers also exhibits a variety of conditions. However, there are certain conditions that are important to keep in mind in order to characterize the new social question of global capitalism. In contrast to the conventional thesis, the working class has not disappeared, but rather has expanded and has taken up a wider presence in society. One must take into account that salaried employees of a business, banks and other financial institutions, the average employees of the State and a wide range of the so-called «service workers» form part of this broad working class. Counterposed to the thesis of the disappearance of the working class and the growth of the middle class, since the middle of the 20th Century the proletariat has been growing around the world, resulting from capitalism's social polarization. It is also worth analyzing if the working class is fragmented. This basic idea takes on a greater degree of concreteness. The conception of the fact, not as «palpable» but richer in its determination. Work subsumed to capital: the role in the process of valorization, in the assigning of value and in the process of human emancipation.

Keywords: capitalism, labor, social classes, proletariat, exploitation.

Una instantánea del entramado social: capital global y proletariado mundial

En los siglos XIX y XX, sobre todo en el XX, aconteció una transformación de la industria capitalista, que comenzó con la revolución industrial en la segunda mitad del siglo XVIII, para tornarse completamente capitalista y consolidarse en el siglo XX. A los ingenieros Frederick Taylor y Henry Ford se atribuye el diseño del modo sociotécnico industrial que se propagó a nivel mundial. La valorización del capital mediante el trabajo fue invadiendo todos los sectores. Durante el siglo XIX, la agricultura se tornó capitalista para difuminar la estancia señorial y feudal y en su lugar fueron apareciendo pequeñas y medianas empresas rurales. En las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado, los servicios sucumbieron a la lógica del capital hasta que más recientemente el capital mercantilizó por completo al sector de los servicios. En esa lógica han sido privatizados y operan con fines lucrativos los hospitales, las carreteras, las jubilaciones, las cárceles y otras actividades públicas que anteriormente funcionaban mediante el trabajo y servicio público.

Cuando menos, hace tres décadas y media la economía mundial experimenta un incesante proceso de reestructuración en pos de la consolidación del capital global. El entramado de la división internacional del trabajo se ha ampliado, diversificado y expandido para unir diversas regiones del mundo dotadas de amplios contingentes laborales y un modo sociotécnico que permite, de manera emblemática, producir un tipo específico de mercancía con la articulación de componentes pergeñados en una diversidad de países otrora desconectados. Las redes del capital global imprimen un salto cualitativo a la internacionalización del capital para cristalizar la égida del

capital global: combinación de formas de capital, articulación de la economía mundial y formación de valor a escala mundial. En ese tráfigo se logra la formación de un mercado global total desde los noventa del siglo pasado con la incorporación de los colosos territoriales y demográficos: China, India y el ex bloque soviético, además de un continente entero, África, lo cual trajo consigo nada menos que la duplicación de la fuerza de trabajo disponible para el capital global y al mismo tiempo incentivó nuevas formas de competencia en el mercado mundial, incluyendo la reconfiguración de bloques económicos regionales, tratados comerciales, pactos militares y guerras comerciales. La geopolítica del capital está en ascenso.

En la era del capital global, la proporción de la humanidad que subsiste mediante la venta de su fuerza de trabajo, el proletariado, se ha amplificado significativamente, sin embargo la cuestión laboral ha sido desdibujada en el ámbito académico y político, donde el concepto de trabajo ha sido olvidado y la perspectiva de emancipación humana asociada ha querido ser sepultada bajo la tesis muy difundida de «adiós al proletariado».¹

Si bien no son idénticos a los de los siglos precedentes, los trabajadores de la actualidad no están en vías de extinción. Si en vez de desaparecer están aumentando, la pregunta entonces es quiénes son los proletarios que producen y reproducen con su trabajo el mundo capitalista actual. Marx dejó inconclusa la redacción de *El capital*, precisamente cuando comenzaba la elaboración conceptual sobre las clases. No obstante, Marx y Engels emplearon, en general, los conceptos de clase trabajadora y proletariado como sinónimos en varios textos (Engels, 1845; Marx y Engels, 2001). Empero, parece bastante claro que: «Por <proletario> únicamente puede entenderse,

¹ Autores como Gorz (1981), Offe (1992), Habermas (1986), Méda (1988) y Rifkin (1996).

desde el punto de vista económico, el asalariado que produce y valoriza *«capital»* y al que se arroja a la calle no bien se vuelve superfluo para las necesidades de valorización de *«Monsieur Capital»* (Marx, 2005:761).

Donde se asume que: *«Acumulación del capital es, por tanto, aumento del proletariado»* (Marx, 2005:761). Así, pues, más que pugnar por una nueva categoría, como ha habido muchos intentos, de lo que se trata ahora es de ensayar una caracterización del proletariado acorde al capitalismo contemporáneo y entender los nuevos significados del trabajo.

Podemos asumir, entonces, que el proletariado o la clase trabajadora comprende a la totalidad de los asalariados, es decir, al universo de hombres y mujeres desposeídos de los medios de producción que viven de la venta de su fuerza de trabajo. Mientras que en la Europa de mediados del siglo XIX los trabajadores asalariados eran, sobre todo, proletarios; en nuestros días, el desafío consiste en imprimirle un sentido más abarcador a los trabajadores o proletarios, más allá del proletariado industrial, el obrero, en consonancia con la amplitud y diversificación del mundo del trabajo.

En términos ontológicos, la clase trabajadora es fundamental en el proceso de creación de valores, en la valorización del valor, el centro vital del sistema capitalista. Es determinante en la materialidad del sistema y contiene una potencialidad subjetiva asociada a su papel. No obstante, cabe advertir que el propio Marx ha criticado la fetichización del trabajo asalariado: *«Su carácter extraño se evidencia claramente en el hecho de que tan pronto como no existe una coacción física o de cualquier otro tipo se huye del trabajo como de la peste»* (Marx, 1844:43). La clase trabajadora alude, de manera principal, a los trabajadores productivos. Con respecto al trabajo productivo e improductivo, conviene recordar que:

Estas determinaciones no se derivan, por tanto, de la determinación material del trabajo (no de la naturaleza de su producto ni de la determinabilidad del trabajo como trabajo concreto), sino de la forma social determinada, de las relaciones sociales de producción en que se realiza. Por ejemplo, un actor teatral, incluso un *clown*, es, según esto, un trabajador productivo, siempre y cuando que trabaje al servicio de un capitalista (del *entrepreneur*), a quien restituya más trabajo del que recibe de él en forma de salario; en cambio, el sastre remendón que trabaja en la casa del capitalista, repasándole los pantalones, se limita a suministrarle un valor de uso y es, por tanto, un trabajador improductivo. El trabajo del primero se cambia por capital, el del segundo por un ingreso. El primero crea una plusvalía; el segundo consume un ingreso (Marx, 1980:142).

Para Marx, queda claro que:

Como el fin inmediato y [el] *producto por excelencia* de la producción capitalista es la *plusvalía*, tenemos que solamente es *productivo aquel trabajo* —y sólo es un *trabajador productivo* aquel ejercitador de capacidad de trabajo— que directamente *produzca plusvalía*; por ende sólo aquel trabajo que *sea consumido* directamente en el proceso de producción con vistas a la valorización del capital» (Marx, 1985:77).

En términos amplios, en el capitalismo la clase trabajadora se refiere al conjunto de individuos que vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario, de esa proposición se puede derivar que pertenecen al universo laboral tanto los trabajadores manuales directos como la totalidad del trabajo social. El núcleo principal de esta clase se conforma de trabajadores

productivos, quienes producen directamente plusvalor y participan directamente en el proceso de valorización del capital. El proletariado moderno se ubica en la producción de mercancías, de manera preponderante en las grandes industrias con mayor grado de desarrollo, como las grandes fábricas automotrices y de informáticas, donde se verifica una mayor interacción entre el trabajo humano y la maquinaria con bases científico-tecnológicas, entre el trabajo vivo y el trabajo muerto. En las grandes corporaciones multinacionales desplegadas en el mundo, como «fábrica mundial», y en general en la sociedad capitalista contemporánea sigue prevaleciendo el régimen del trabajo abstracto, en tanto gasto de energía física e intelectual, como principal fuerza estructural, pese a que diversos autores, como Habermas (1986), sostienen lo contrario.

El mundo del trabajo incluye al trabajo productivo e improductivo. Un punto importante es entender la función de ambos en el capitalismo actual. En el mundo del trabajo actual, complejo y heterogéneo, la clase trabajadora se expande y diversifica, por lo que no sólo incluye a los trabajadores productivos sino que también abarca al conjunto amplio de trabajadores improductivos, que coadyuvan al proceso de valorización y que son los que laboran en el variopinto sector de los servicios, ya sea para uso del sector público o para el capital privado. El trabajo improductivo es el que no participa como elemento vivo en el proceso directo de valorización de capital y en la creación de plusvalor. Se trata de trabajadores cuyo trabajo es consumido efectivamente como valor de uso, pero no como creador de valor de cambio. Los trabajadores improductivos se asemejan a los trabajadores productivos; pero los primeros pertenecen a los «falsos costos de producción» (*faux frais de production*) (Marx, 1983:41), enclavados en el ámbito de la circulación, en el sector «terciario» o dentro de capitales productivos, realizando funciones

improductivas, pero que son importantes para soportar el proceso productivo. No obstante, el trabajo improductivo no se asocia, necesariamente, a la idea del antivalor o el no valor en el proceso de trabajo, porque en tal caso se trataría de un tiempo de trabajo que se invierte en la producción pero que a la postre resulta innecesario, inútil: «Una cosa puede ser *valor de uso* y no ser *valor* (...); ninguna cosa puede ser *valor* si no es un objeto para el uso. Si es inútil, también será inútil el trabajo contenido en ella; no se contará como trabajo y no constituirá valor alguno» (Marx, 2005:977), pero el trabajo improductivo también cuenta como trabajo, porque en verdad es crucial para sustentar al capitalismo, al trabajo productivo y no se subsume como antivalor o valor negativo, contribuye a la realización del valor.

Como diría Marx, en el capitalismo: «Todo trabajador productivo es un asalariado, pero no todo asalariado es un trabajador productivo» (Marx, 1985:80). La clase trabajadora del capitalismo actual debe incluir a la totalidad de los asalariados. La clase trabajadora de nuestros días supera al proletariado industrial del siglo anterior, aun cuando éste detenta una función sustantiva en el trabajo productivo, en tanto trabajo social y colectivo que crea valores de cambio y genera plusvalor. Un tipo de trabajo que incluye actividades «materiales» e «inmateriales», que incorpora la actividad manual directa en los polos más avanzados de la industria moderna o actividades «intelectuales» en trabajadores que realizan funciones de supervisión y vigía en el proceso productivo:

En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuánto de trabajo empleado, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo (...) El trabajo ya no aparece tanto

como recluso en el proceso de producción, sino que más bien el hombre se comporta como supervisor y regulador con respecto al proceso de producción mismo (Marx, 1983:227-228).

Es menester formular una concepción ampliada de clase trabajadora en concordancia con las dinámicas del capital global. Para tal efecto, puede que en sentido amplio la clase trabajadora incluye a quienes viven de la venta de fuerza de trabajo, son asalariados y no poseen medios de producción. Desde esa perspectiva forman parte de la clase trabajadora o proletariado moderno mundial no sólo los obreros industriales sino también los trabajadores de los servicios, los trabajadores precarios, el proletariado rural y diversas categorías de trabajadores estatales que cumplen funciones productivas o improductivas de soporte al proceso productivo. En cambio, no conforman el proletariado los trabajadores asalariados que desempeñan funciones como gestores del capital privados, en tanto funcionarios jerárquicos que ejercen el dominio del capital sobre el trabajo así como los trabajadores estatales que ejercen funciones de gestión capitalista, dominación política y coerción. La clase trabajadora también excluye a los pequeños empresarios, quienes son propietarios en pequeña escala de los medios de producción, a quienes viven de rentas y de la especulación. En una franja intermedia se colocan los trabajadores intelectuales de la ciencia, la tecnología, la cultura y la política, que pueden ejercer funciones favorables al capital o al trabajo, pero que pueden hacerlo como asalariados o no asalariados, entonces dependerá de la función que ejerzan y del tipo de ingreso que perciban. En comparación con etapas anteriores, en el capitalismo contemporáneo el proletariado se ha tornado una clase más heterogénea, más compleja y más fragmentada, por lo que puede no ser

nítida su definición y caracterización, y en más de un caso se presta a ambigüedad e interpretación. Pero será el criterio del papel que cumplen en el proceso de valorización, los intereses que respaldan a favor o en contra de las clases trabajadoras, el lugar que ocupan en la distribución del valor y plusvalor y la perspectiva política que asuman frente al proyecto de emancipación humana.

Asimismo, conviene considerar que en el capitalismo subyacen diversas formas de explotación. La primera es de forma directa, mediante la cual el proletario se ve compelido a vender su fuerza de trabajo como condición necesaria para subsistir, pues su única posesión es su fuerza de trabajo y la tiene que vender como mercancía para adquirir mercancías que son medios de subsistencia. La segunda es indirecta, donde el productor directo, por ejemplo el campesino, tiene que concurrir al mercado para vender su excedente a precios de mercado que pueden arrojarle pérdidas desde una contabilidad capitalista, una vez descontada la parte que habrá de autoconsumir, para posteriormente poder comprar otras mercancías que le permiten subsistir, y en ese trance el capitalista comprador, sea acaparador o industrial, se apropia del excedente generado por el trabajo campesino; este tipo de explotación ocurre en la esfera de la circulación (Bartra, 2006).

La cristalización del capitalismo global consecuenta la configuración de un mercado mundial junto con la crucial formación de una desbordante clase obrera mundial, la cual puede ser definida como clase trabajadora en el sentido amplio del término. La amplitud y variedad de esta formación obrera se expresa en el hecho de que manifiesta rasgos de generalización y simultáneamente de una gran diferenciación y segmentación, que a su vez se refleja en la persistencia de diferencias salariales extremas y una movilidad limitada, en tanto que los capitales adquieren un tratamiento opuesto

al concedérseles un amplio margen de libertad de circulación, sobre todo en el marco de los tratados de libre comercio. En estas nuevas circunstancias, el capitalismo global constriñe la movilidad e incentiva la competencia entre los trabajadores a escala mundial, dando cause a un internacionalismo *de facto* por vías perversas: la pulsión de la competencia se impone en los asalariados de los países desarrollados y de los subdesarrollados, en desdoro de la premisa fundamental de unidad de clase a nivel internacional.

En el análisis del desarrollo capitalista, cada vez más complejo y contradictorio, subyace una relación de polarización social que deviene de las dos clases antagónicas principales, que representan al capital y al trabajo, la contraposición entre la propiedad privada del capital y la propiedad «libre» de la fuerza de trabajo y de la consecuente extracción coactiva de plusvalor a quien la produce. Claro está que dicha relación conflictiva no agota el problema de las clases, como tampoco la producción de plusvalor agota el concepto de capital. Para una mejor comprensión, se requiere un análisis que vaya intercalando nuevas determinaciones, es decir, mediaciones que permitirán conectar el núcleo de la relación de explotación con la conformación general de la clase obrera. A grandes pinceladas, la transformación social a niveles mundial y nacional sigue una dinámica acorde a los periodos de crecimiento y crisis, de concentración de riqueza y expansión de pobreza. En esa medida varía la composición de clases.

Hegemonía del capital

Para fines analíticos se puede establecer de entrada que en la cúspide de la estructura de poder del capitalismo están ubicadas las clases dominantes

que son las propietarias de los principales medios de producción, distribución, administración y comunicación; a ellos se suman los altos directivos de las grandes corporaciones financieras, industriales y comerciales. La élite del capitalismo global apenas forma una ínfima porción de la población del planeta, pero detenta el poder de apropiarse de las principales fuentes de generación de riqueza y de tomar la mayor porción del excedente generado en la economía mundial.

El sector medio de la sociedad lo compone la pequeña burguesía en decadencia, integrada por rentistas no asalariados, propietarios de pequeñas empresas y administradores medios. Trabajadores asalariados que desempeñan funciones directivas, gerenciales, improductivas, además de trabajadores estatales y trabajadores intelectuales.

Gestores del capital global

La gestión del capital global ha engendrado una «nueva burguesía» que no es propietaria de los medios de producción, circulación y comunicación pero que cumple una función primordial en la expansión del capital, la organización de redes de valorización, la explotación del trabajo y la extracción del excedente. La burguesía en sentido clásico está aminorando y crece un «subconjunto de los trabajadores asalariados, como gestores cualificados para ganar más en virtud de su competencia» (Žižek, 2012), donde tienen cabida los tecnócratas, expertos, administradores, doctores, abogados, periodistas, intelectuales y artistas.

Las condiciones propias del proletariado son ajenas a los llamados «gestores del capital» (Bernardo, 2009), quienes desempeñan un papel central en el control y gestión del capital y que se adhieren, por tanto, a la

parte constitutiva del dominio del capital, de la clase dominante. Se trata de altos funcionarios que controlan el proceso de valorización y reproducción del capital dentro de las empresas, retribuidos con altos salarios, fuera de toda proporción en relación con otras categorías de trabajadores. Son parte del sistema jerárquico y de mando, son pieza fundamental para el metabolismo social del capital (subordinación jerárquica del trabajo al capital) (Mészáros, 2010).

En tanto funcionarios gestores del capital, se distinguen de los demás asalariados y no pueden formar parte de la clase trabajadora.

Directivos

Un papel preponderante y más visible están desempeñando los gerentes y el personal directivo en las empresas (p. ej., Chief Executive Officer [CEO] o director ejecutivo). Aparentemente, los directores de empresa tienen intereses contrapuestos a los accionistas, según esto porque estarían interesados en el desarrollo de la empresa, no tanto en responder a la pura lógica de valorización del capital. Estos trabajadores no son propietarios sino asalariados pero con altas remuneraciones y cumplen un papel crucial en la conducción corporativa. Según algunos autores representan una suerte de clase media «ilustrada», que el movimiento obrero debería apostar a incorporar como aliada en proyectos futuros de transformación social revolucionaria.

Sin embargo, los gerentes de las empresas no se ajustan a la noción de clase media ni a la de una «posición contradictoria de clase». La determinación de clase de los gerentes de empresas obedece a otros criterios.

En tanto que el accionista representa la propiedad del capital, el director de empresa «representa al capital como capital funcionante. Él es

su personificación en tanto el capital funcione, y el capital funciona en la medida en que se lo invierta en la industria o en el comercio y produzca ganancias, y en que quien lo emplee practique con él las operaciones prescritas por el respectivo ramo de la actividad» (Marx, 1982:477). El director empresarial recibe por el ejercicio de su función un salario, el cual deviene de una parte de la plusvalía, que no ha sido creada por él, sino que se deriva como parte de la ganancia empresarial. Por lo mismo, para descifrar su composición el criterio de análisis no es la propiedad de los medios de producción, como elemento estático, sino la propiedad que funge como un poder coercitivo independiente confrontado al trabajador asalariado en la explotación o extracción de trabajo excedente.

En el desarrollo del capitalismo contemporáneo los ejecutivos de empresas también son pagados con acciones de la empresa, por lo que, al igual que los accionistas, los propietarios, tienen intereses similares en torno a la valorización de las acciones y sus ingresos, inclusive los puestos ejecutivos dependen crecientemente del desempeño accionario de la empresa en la bolsa de valores, además de que las remuneraciones adquieren niveles desproporcionados en los países centrales y los periféricos, como parte de las ganancias de los capitalistas.

Mandos medios

Acontece el desdoro del obrero fabril al término del fordismo. El trabajo directo pierde participación en el producto y ascienden las funciones de supervisión y control, además de las actividades de pre y posproducción (Trenkle, 2016). El obrero fabril generador de valor, el núcleo de la clase obrera, fue perdiendo relevancia ante otras categorías emergentes de asalariados, como los

diversos trabajadores ocupados en la circulación, en el aparato estatal y en el variopinto sector de servicios. Además, partes importantes de las funciones directivas y de control de bajo y mediano nivel fueron insertados en actividades laborales.

Dentro de las empresas capitalistas también existen puestos clave que son contradictorios por el origen de clase y la función que realizan. Sobre el común de trabajadores manuales y operarios, pero debajo de los directivos y administrativos, destaca un estrato de trabajadores que realizan funciones de mayordomos, capataces, supervisores y similares. Es una función que sirve de bisagra y resulta contradictoria en tanto que si bien cumplen un papel productivo también realizan unas funciones antagónicas con el resto de trabajadores productivos para garantizar la relación de explotación favorable al capitalista.

En esta función destacan los técnicos e ingenieros que, por su papel encomendado, presentan rasgos próximos a la clase obrera, pero realizan funciones de vigilancia y control, que son opuestas, en la cadena de mando e intereses a los obreros, cuya única posesión es su fuerza de trabajo, amén de que tienden a identificarse con los capitalistas, que son los propietarios de los medios de producción, clase a la cual, evidentemente, no pertenecen. Esta determinación de carácter doble se manifiesta, por una parte, en que reciben como pago el valor de una fuerza de trabajo calificada, y, por otra parte, perciben un plus por la tarea coadyuvante en la explotación de los obreros.

El carácter de clase se va troquelando con el desarrollo del capitalismo y de acuerdo a la imposición de estas funciones y puestos. El desarrollo industrial desencadena la subordinación técnica del obrero al medio de trabajo, a la disciplina del régimen fabril bajo el comando del trabajo de

supervisión y «la *división de los obreros* entre manuales y capataces, entre soldados rasos de la industria y suboficiales industriales» (Marx, 1987a:517). La prevalencia de las funciones de vigilancia y control en el seno de las empresas, como corresponde al dominio del capital sobre el proceso productivo, puede significar la emergencia de una burguesía media o pequeña, en la medida en que la creciente importancia y aun el predominio de esas funciones permiten que el pequeño propietario productor se convierta en un capitalista en forma. En tal sentido, podría considerarse a una «moderna clase media», en tanto emerge como producto del desarrollo capitalista mismo. Otra cosa sucede, en cambio, con la pequeña burguesía propietaria de medios de producción, que conforme avanza el capitalismo tiende a ser borrada del mapa, no obstante persisten contratendencias que explican su continuo renacimiento, inclusive desde los escombros de la ruina.

El papel político que cumplen respecto a la clase obrera productiva puede ser crucial, aunque inseguro. En vías de un proceso de transformación social o de proyectos políticos de cambio puede ser necesario neutralizarlos debido a su tendencia a apoyar como base social a la burguesía. De igual forma, en el seno del Estado se advierten amplias franjas de sectores intermedios que asumen posiciones contradictorias.

Conocimiento como capital

Trabajo cognitivo

Un aspecto relevante es el papel de la ciencia, la tecnología y la innovación en la producción, como palanca del desarrollo y el progreso. Diversos autores

posmodernos, incluyendo marxistas y posmarxistas, suponen que la teoría del valor trabajo resulta irrelevante o anacrónica:

La ciencia y la técnica se convierten en la primera fuerza productiva, y con ello, caen las condiciones de aplicación de la teoría del valor trabajo de Marx (...) el progreso técnico y científico se ha convertido en una fuente independiente de plusvalía frente a la fuente de plusvalía que es la única que Marx toma en consideración: la fuerza de trabajo de los productores inmediatos tiene cada vez menos importancia (Habermas, 1986:87).

Autores marxistas plegados al concepto de *general intellect* y el supuesto carácter progresista de las fuerzas productivas consideran anacrónica la teoría del valor porque suponen que están dadas las condiciones para aminsonar el trabajo vivo, el trabajo inmediato, directo, como principal determinante del valor; desde ese aserto parecería estar viviendo horas extras.

Sin embargo, en el capitalismo contemporáneo, donde privan formas de capital global y formaciones sociales intrincadas que combinan formas diversas de explotación, está aconteciendo un proceso de tecnologización de la ciencia, que modifica el metabolismo del capital mediante una novedosa interacción entre el trabajo vivo y el trabajo muerto, que no significa la eliminación del trabajo vivo, ciertamente lo ha reducido, alterado y fragmentado. Esto es válido incluso para el capitalismo central desarrollado, donde ciertas zonas refulgen por su limpieza, orden, elegancia, pero este estilo de vida es posible gracias a la explotación expandida en zonas depauperadas, degradadas y violentadas.

Para el capital, la tragedia es que no puede realizar su utopía definitiva, instaurar su reinado sin contrapartes, eliminar en definitiva el trabajo vivo,

y, en consecuencia, no puede suprimir a la clase trabajadora. En lugar de ello, en el sistema mundial capitalista prima la coexistencia de superexplotación, incluyendo formas de trabajo esclavo, degradantes, y las tecnociencias con la prefiguración de un hombre productivo cibernético.

Trabajo general

La noción marxista de «intelecto general», el conocimiento colectivo en todas sus formas, desde la ciencia hasta el *know-how* práctico, está tomando gran preponderancia en el mundo actual. El trabajador «intelectual» que genera o aplica el conocimiento científico-tecnológico a los procesos productivos globales.

Desde la etapa del capitalismo industrial el trabajo productivo, creador de valor y plusvalor, se bifurca en dos ramales de trabajo directo y general: «Es trabajo general todo trabajo científico, todo conocimiento, todo invento» (Marx, 1987a:128). De la misma forma en que el capital subsume formal y realmente el trabajo directo, también lo hace con el trabajo general, cuando organiza bajo su férula el trabajo de científicos y tecnólogos para aplicarlos al proceso de valorización. La subsunción formal del trabajo general comenzó a fines del siglo XIX, la real está en curso (Hinkelammert y Mora, 2014).

El trabajo científico supeditado al financiamiento público o privado y condicionado a fines empresariales genera conocimientos aplicables a las necesidades del capital, de ahí el énfasis de proyectos de investigación aplicada, por ejemplo la generación de herbicidas, pesticidas, productos transgénicos animales y vegetales en laboratorios de manipulación genética por encargo de grandes agroindustrias y farmacéuticas. En determinados

centros de investigación abocados, por ejemplo a la biogenética y biotecnología, se trabaja en proyecto de innovación y diseño de procesos productivos y nuevos productos para satisfacer los requerimientos de la competencia mercantil (Sánchez y Solórzano, 2004). Se trata de modernos talleres del progreso o laboratorios de investigación y desarrollo que aplican el conocimiento al capital, pero en realidad es el capital quien subsume el trabajo científico-tecnológico. La mente del científico, presumiblemente autónoma, inquieta y creativa, termina por convertirse en un espacio peculiar de inversión del gran capital.

Un ámbito intervenido por la simbiosis entre capital y ciencia es la biodiversidad. La riqueza de la biodiversidad, la complejidad interactiva de las especies, la integralidad de los organismos y su capacidad de generación de vida se pierden, y estos atributos se confieren a la ciencia subordinada al capital y a su capacidad de invención y manipulación. En esa lógica los seres vivos son tratados como si fuesen máquinas, desprovistas de capacidad de autoorganización y reproducción. También se pueden reducir a mero material genético que es susceptible de ser manipulado tecnológicamente. Para el capital y la ciencia afín la vida puede ser objeto de apropiación privada, porque la ciencia será la única fuerza reconocida y certificada para construirla y mejorarla.

La ciencia del capital pretende monopolizar las bases de la vida, devaluando otros saberes, desde los tradicionales hasta los científicos independientes y críticos, descartando la posibilidad de que éstos produzcan innovación y conocimiento. Ese desprecio también se dirige a los agricultores, indígenas y comuneros, que son portadores de formas de conocimiento e innovación vinculados a la sostenibilidad de los recursos biológicos (Tetreault, McCulligh y Lucio, 2019).

La propiedad intelectual sólo protege la innovación y el conocimiento generador de ganancia, y no se le atribuye importancia cuando cumple una función social. Términos como soberanía alimentaria, Vivir Bien, sustentabilidad social, bien común, son completamente irrelevantes para la ciencia capitalista.

Académicos y meritocracia

Los trabajadores del conocimiento que laboran en universidades y centros de investigación enfrentan un proceso creciente de subsunción al capital (Márquez, 2017a). El trabajo conceptual o cognitivo se subsume a la órbita corporativa, en la medida en que sus proyectos están determinados por esquemas de financiamiento privado o por instancias públicas que establecen como condición que los temas y resultados se orienten al servicio del sector empresarial. En esa medida, los investigadores pierden la capacidad de diseñar sus propias agendas y atención a problemas de las clases populares y además mengua la posibilidad de desplegar sus capacidades críticas y creativas, por lo que su actividad se torna cada vez más en labores parciales, teledirigidas y rutinarias. Asimismo, los ingresos que perciben los químicos, matemáticos, físicos, biólogos, ingenieros, sociólogos, economistas, politólogos, historiadores y demás no son muy diferentes a los percibidos por otros tipos de profesionistas.

En la oda a la meritocracia asociada a las nuevas tecnologías, se erige la figura de la nueva «burguesía del talento», en alusión a personajes que se ocupan del diseño, programación, difusión y comercialización de dispositivos, programas, códigos y artefactos de los medios digitales, que sistematizan partes del proceso productivo, la comunicación y la vida cotidiana,

hasta formalizar una pujante economía global, con una extensa red de trabajadores informáticos, ingenieriles y mercadólogos, que han modificado el espectro de profesiones exitosas y generado una imagen y reputación pública de su propia actividad, que se vale de sus propios medios electrónicos para publicitarlos. Esta burguesía meritocrática, sobre todo sus altas esferas, se ha enriquecido desmesuradamente, bajo la justificación de la meritocracia y el logro individual, pero en realidad se insertan en la ola de la revolución científico-tecnológica y se apropian de formas preteritas y presentes de trabajo social, para monopolizarlas y apropiarse de parcelas desproporcionadas del valor generado en estos y otros ámbitos económicos.

Gestión estatal

En la era del capitalismo global, el Estado continua desempeñando un papel central al fungir como «capitalista colectivo» con referencia al capital social total, cuya existencia concreta se disemina en una multiplicidad de capitales individuales trenzados en relaciones de competencia, pero que de manera orquestada ejercen un papel antagonista, respaldado por los poderes estatales, frente al conjunto del trabajo social, que a su vez también se disemina en una miríada de trabajadores individuales en competencia, pero que no disponen de un poder colectivo para confrontar al capital global, a lo sumo emprenden luchas sectoriales, cuando mucho nacionales, en defensa de sus intereses inmediatos. Así, pues: «El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal. Y cuantas más

fuerzas productivas asuma en propiedad, tanto más se convertirá en capitalista colectivo y tanta mayor cantidad de ciudadanos explotará» (Engels, 1892:11-12). En pocas palabras: no podemos conceptualizar el Estado capitalista atendiendo exclusivamente a su relación con el capital, si no atendemos previamente a la relación de ese capital con el trabajo.

A más de siglo y medio, sigue siendo vigente la definición del *Manifiesto del Partido Comunista*: «El poder estatal moderno no es más que una junta administradora que gestiona los negocios comunes de toda la clase burguesa» (Marx y Engels, 2001:52). En esa frase se eslabonan los términos meridianos de la sabiduría que hace comprensible la política dominante de la actualidad. La dominación capitalista adquiere rasgos impersonales y abstractos, a semejanza de la mercancía, mediante la burocracia, que ha sido desdibujada en estudios que aluden a la posburocracia, la pospolítica y la gobernanza.

Dominación, administración y control

El poder público estatal está provisto de enormes ejércitos de burócratas de distinto rango, políticos profesionales que ejercen las funciones gubernamentales, legislativas y judiciales, además de intelectuales y comunicadores que están al servicio de los intereses estatales. La gobernabilidad es un atributo que requiere un gran respaldo de trabajadores subordinados a los intereses de clase que anidan en la institucionalidad estatal.

Existe una similitud con la alta burocracia estatal compuesta por las figuras de presidente, legisladores, ministros, jueces y altos funcionarios. La apropiación de plusvalor en esta esfera está mediada por la función que ocupan, pero se asemeja a la clase capitalista debido a la función de conducción de las palancas del Estado.

Primordialmente, son gestores públicos de capital, y la alta burocracia devenga altos salarios y prestaciones, que pueden ser equiparables a las burocracias privadas, o al menos se genera un corredor que permite la circulación de estos burócratas en ambos sectores, fenómeno que ha sido definido como «puertas giratorias».

La peculiaridad de los trabajadores estatales es que no están subsumidos directamente por el capital privado, sino por el Estado, y realizan actividades improductivas y productivas, por lo que parecieran pertenecer a una categoría social diferente a los trabajadores asalariados del sector privado. Los salarios de la burocracia, los empleados y trabajadores del Estado provienen de los impuestos y deuda, pero también del cobro de trámites y venta de mercancías. En el ámbito estatal la forma específica en que venden su fuerza de trabajo no se enmarca en la relación típica entre capital y trabajo sino que se decanta en una peculiar relación entre Estado-trabajo (Wright, 2010). Desde esa perspectiva, los trabajadores estatales asumen una posición dual, por el carácter estatista de la producción donde se ocupan, por lo que la producción estatal no es una esfera pública de la producción capitalista.

Producción estatal

Existe una diferencia clara entre los trabajadores estatales según generen o no plusvalor. En primer término, los trabajadores de las empresas estatales que producen y venden mercancías —por ejemplo, petróleo, gas, electricidad, agua o telefonía— son obreros que producen plusvalor.

Aunque las funciones productivas del Estado, no como productoras de plusvalor, sino la producción de las condiciones materiales e institucionales

que soporten la reproducción del capital, no se adaptan plásticamente a las necesidades del capital, existe una tendencia del capital a imponerse. No se advierte una aplicación mecánica de la lógica de valorización desde el sector privado al sector público, pero el funcionamiento del aparato estatal está condicionado por el modo de producción capitalista y sus sectores laborales pueden ser equiparables a los que se ejecutan en la órbita empresarial privada.

La política de privatización de las empresas de servicios públicos ha sido impulsada por los programas de ajuste estructural neoliberal con la intención de amplificar los espacios de valorización de capital. Adicionalmente, en la organización del trabajo en la administración pública se implementan los criterios empresariales, por ejemplo, con la nueva gerencia pública que inculca el principio de eficiencia, el trato al ciudadano como cliente, la descalificación laboral, los contratos de trabajo precario, entre otras disposiciones.

Una paradoja incubada en el sector público es que algunos trabajadores rinden, en efecto, un plustrabajo pero sin producir valor. En el capitalismo contemporáneo, la alta burocracia política que comanda el sector público y los empresarios privados establecen un marco de comparación entre ambos sectores para contrastar los productos de los trabajadores estatales con los productos similares producidos en el sector privado como mecanismo para desvalorizar la fuerza de trabajo y propiciar divisiones de clase.

Administración o servicio público

En segundo término, los trabajadores estatales que producen servicios que no son mercancías, sino que se consideran servicios públicos que pueden

otorgarse como derechos sociales, sean gratuitos o con cuotas mínimas, como la salud, educación, cultura, infraestructura, espacios públicos, registros y estadísticas, son trabajadores que contribuyen a la creación de las condiciones institucionales y materiales necesarias para la consecución de la explotación capitalista y la dominación política, es decir la reproducción de condiciones generales del capitalismo. En este punto no entran, por el momento, los cargos públicos directivos, es decir, la burocracia estatal de mandos medios y superiores, ni los que laboran en las fuerzas armadas del Estado.

Construcción de infraestructura

La construcción de infraestructura por el Estado es un cimiento básico para los planes de negocio empresarial privado. Por ejemplo, en la construcción de caminos no se producen mercancías ni plusvalor, pero se realiza un trabajo imprescindible para el funcionamiento del sistema capitalista, que sirve para expandir el sector automotor, abrir rutas de transporte, ampliar mercados, etcétera. En este plano, los trabajadores están supeditados a una relación económica diferente a los asalariados por el capital, aunque son «un asalariado libre como cualquier otro», que como tal rinde un plus-trabajo que es «imposible de intercambiar. Para el obrero mismo, comparado con los demás asalariados, se trata de plustrabajo» (Marx, 1983:22, 23).

En casos como la construcción de caminos, se puede calcular el plusvalor apropiado por el conjunto de la clase capitalista derivado del plusvalor apropiado por las empresas privadas constructoras que venden el uso de caminos a través del sistema de peajes. Entonces, el plustrabajo generado por los obreros estatales es comprensible como un hecho enmarcado

en el capitalismo contemporáneo, sobre todo bajo la imposición de la lógica del mercado en el sector estatal bajo la premisa de la «eficiencia». Más que una «constricción» del capital sobre la producción estatal, es ya una imposición sistémica acorde a las relaciones de producción dominantes.

Coerción

En función del trabajo coercitivo que cumple el Estado capitalista a través de sus fuerzas armadas y policiales es una falacia decir, fuera de contexto, que el «ejército es el pueblo uniformado» (Guevara, 2007), pues una cosa es un movimiento revolucionario y otra la dominación del Estado capitalista. Las fuerzas armadas, la policía y demás cuerpos de seguridad tienen el cometido de reprimir a las clases populares y extremar la guerra de clases en defensa de la propiedad privada.

La función represiva que realizan determina una existencia social ajena a la clase obrera. Esta función política los ubica en el polo opuesto, en contra de la clase obrera. Es una situación contradictoria, pues quienes cumplen ese papel tienen un origen social, un nivel salarial y vínculos sociales que los ubica en el sector de los no propietarios, pero su función policial los convierte en guardianes de los intereses de los propietarios, en contra de las clases no propietarias. Los trabajadores de las fuerzas represivas venden su fuerza de trabajo y son explotados por el capital y el Estado de forma indirecta.

Ante situaciones de conflicto social o fuerte tensión algunos sectores pudieran neutralizarse o sumarse a la causa obrera, lo cual significaría una fractura en la institución, una situación de antagonismo abierto que presagia una revolución social. Sin embargo, la normalidad capitalista es diferente, porque tiende a prevalecer la función represiva que determina la

existencia social, el conflicto social latente, encubierto o manifiesto. La dominación capitalista necesita el rigor de la función represiva, que algunos llaman «violencia legítima del Estado»:

Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio (el «territorio» es elemento distintivo), reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima. Lo específico de nuestro tiempo es que a todas las demás asociaciones e individuos sólo se les concede el derecho a la violencia física en la medida en que el Estado lo permite. El Estado es la única fuente del «derecho» a la violencia (Weber, 1975:83).

Pero determinará una impronta reaccionaria a las reivindicaciones de la policía, el ejército y similares, que serán siempre distintas de las del común del proletariado. Nunca será lo mismo el aumento salarial conseguido por los obreros de empresas privadas o públicas que el incremento salarial concedido por el Estado a sus fuerzas del orden. Las reivindicaciones laborales de las fuerzas represivas tienen inexcusablemente un significado reaccionario, en tanto contribuye a consolidar a la cohesión y moral de las fuerzas del orden estatal y potencialmente el poder de represión de los trabajadores en general.

La política de seguridad se impone como un dispositivo de control político de las clases populares, para disuadirlas, cooptarlas, enajenarlas, reprimirlas, neutralizarlas.

Reproducción social

No deja de ser sintomático que los trabajadores públicos de los servicios públicos de salud y educación, que son los garantes de derechos sociales

y de la reproducción social de la fuerza de trabajo en el capitalismo, están siendo sometidos a criterios de eficiencia similares a los trabajadores que son explotados en el sector privado haciendo funciones parecidas. Desde esa perspectiva, habría una conjunción de intereses de clase entre los trabajadores asalariados estatales y privados, que a menudo no se percibe ni se articula políticamente, no obstante que de manera creciente existe una homologación entre ambos tipos de trabajadores. Inclusive, existen corredores entre los dos ámbitos que permiten que los trabajadores estatales pasen a laborar al sector privado y viceversa, pero ello no significa que se opera una metamorfosis en su condición de clase, ni que las condiciones generales de trabajo cambien drásticamente, sobre todo en la educación.

La subsunción del trabajo académico al capital también se expande, en la medida en que las condiciones materiales lo propician. En el sector privado, las empresas producen y venden la educación como una mercancía y los docentes que ahí venden su fuerza de trabajo son trabajadores productivos, pueden percibir un salario inferior al de determinados trabajadores manuales, sobre todo quienes trabajan a «destajo», amén de que la política sindical tiende a asemejarse a la del resto de los trabajadores. Algo semejante ocurre con los médicos a quienes las empresas les exigen atender cierta cantidad de pacientes y realizar trabajos muy parcializados. Más nítido es el caso de los trabajadores de «servicios» que suelen ser considerados en la moderna «clase media».

Bajo la premisa neoliberal de austeridad, en realidad ajuste, que recorta determinados servicios públicos que contribuyen a la reproducción social, como la atención escolar a infantes y la atención hospitalaria, que cuentan con un valor como servicios productivos, al ser suspendidos o restringidos, se transfieren las funciones a las familias o al mercado, pero en las cuentas

estatales aparece como ahorro. Esto significa que esta forma de trabajo directamente social, organizada por entidades estatales y que aparece en los costos de producción globales, se convierte en trabajo doméstico, el Estado se desprende de una responsabilidad y endilga una carga adicional a la familia, con ello se transmuta de la esfera productiva a la reproductiva. El trabajo doméstico, por tanto, se convierte en una instancia subsidiaria para la creación de riqueza social, pero no se le reconoce una función orgánica en la valorización del capital. A la pérdida de derechos se agrega una carga más de opresión, que recae, por lo común, en las mujeres.

Trama cultural y comunicacional

En la división social del trabajo tienen cabida sectores medios de trabajadores que realizan actividades intelectuales que puede servir al capital, al Estado o a las clases populares, por lo que cumplen un papel ambiguo en la esfera social, política y cultural; asimismo pueden tener como fuente de ingreso un salario otorgado por el Estado o el capital, pero también pueden desempeñarse como trabajadores «autónomos». Es el caso de los trabajadores de la cultura, que se catalogan como creadores, gestores o promotores, entre los cuales ha destacado la presencia pública de los escritores, artistas y periodistas. En el ámbito de su producción se genera una variedad de bienes culturales que además de tener un valor económico, en tanto son trabajadores productivos, también adquieren un valor simbólico, pues las ideas, imágenes, símbolos, obras y otros contenidos se inoculan en la subjetividad colectiva, y pueden modular determinados grados de conciencia social, sentido estético y valores societales.

Los trabajadores intelectuales del ancho mundo de la cultura trabajan con un pensamiento conceptual que se materializa en sus obras, sean éstas intangibles o tangibles. Entre las más logradas o aceptadas, o entre las que los poderes económicos y políticos adoptan como propias, se puede llegar a expresar el espíritu de una época, la ideología dominante o la cultura popular. La lucha ideológica y la guerra de las ideas es una arena importante para ganar posiciones en el imaginario social, en el sentido común y en el debate público. El hecho de que los intelectuales formados y educados en la cultura universal y los avances de la ciencia, la tecnología y las artes estén perdiendo presencia ante los periodistas y comentaristas de los medios electrónicos, con un bagaje cultural más precario, es signo de la mercantilización y volatilización de las ideas y de la degradación de la discusión pública.

Sin embargo, gran parte de las discusiones de gran calado, aquellas que fundamentan la toma de decisiones en los círculos del poder estatal y corporativo, no es un asunto que se ventile públicamente, sino que en ello toman partido los consultores, cabilderos, *think tanks*, abogados y asesores de los grandes poderes empresariales y políticos.

La publicidad y la comunicación han servido como mecanismos para acelerar los tiempos de circulación del capital, pero también se han convertido en palancas de acumulación, máxime con la reconversión de los transportes, la comunicación, la información, el entretenimiento y los nuevos estilos de vida.

Las llamadas industrias culturales, que otrora estaban aposentadas en medios analógicos (prensa, radio, televisión, cine, telefonía) y ahora se desplazan hacia los medios digitales (internet, redes digitales, *big data*, telefonía móvil), configuran grandes monopolios que controlan la esfera

de la información y la comunicación, la cual está engendrando la llamada cuarta revolución científico tecnológica y generando una economía digital pujante, que está propiciando la convergencia tecnológica en los sectores productivos y financieros más avanzados, la modificación en los patrones de consumo y la recodificación de la vida cotidiana.

Pese a que parecieran cosa del pasado, los sectores religiosos, que eran el centro de la ideología medieval y feudal, perviven para montarse en el capitalismo tardío y las formas de gobierno exacerbadas como el neofascismo, el populismo y el nacionalismo.

Obreros: trabajo productivo

En el capitalismo decimonónico, pero también en el del siglo XXI, el obrero se ve compelido a vender su fuerza de trabajo puesto que claramente no dispone de otra forma para subsistir. El proceso crucial de valorización del valor, y con ello la espiral de acumulación de capital, mediante la explotación del trabajador responde a una lógica que escenifica incesantemente. Por una parte, el trabajador y el capitalista escenifican la compra-venta de fuerza de trabajo en un acuerdo mercantil que supone un intercambio de equivalentes; posteriormente se realiza, en el proceso productivo, el consumo productivo de la fuerza de trabajo, para luego consumir la apropiación de plustrabajo por parte del capitalista. En primer término, el trabajador y el capital aparecen como compradores y vendedores, por lo que el obrero se distingue de otros vendedores de mercancías por la especificidad del valor de uso que pone a la venta su capacidad de trabajo y con ella la posibilidad de crear nuevo valor.

El producto, antes fruto directo del productor individual, se transforma en general en el producto colectivo de un personal combinado de trabajo, cuyos miembros están más cerca o más lejos del manejo del objeto de trabajo.

El obrero no produce para sí, sino para el capital. Por tanto, ya no basta con que produzca en general. Tiene que producir plusvalor. Sólo es productivo el trabajador que produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital.

El concepto de trabajador productivo, por ende, en modo alguno implica meramente una relación entre actividad y efecto útil, entre trabajador y producto del trabajo, sino además una relación de producción específicamente social, que pone en el trabajador la impronta de medio directo de valorización del capital. De ahí que ser trabajador productivo no constituya ninguna dicha, sino una maldición (Marx, 1987b:615-616).

La gran masa de trabajadores asalariados distribuida en los sectores modernos de la producción representa más de cuatro quintas partes de la población urbana de los centros desarrollados. Más específicamente, la masa de trabajadores asalariados conforma las clases populares, que a su vez pueden ser divididas en términos gruesos en tres categorías. Una son las clases populares estabilizadas en sectores de producción modernos o en vías de serlo que disponen de un peso político o calificación profesional para reforzar su capacidad de negociación contractual y permite a los trabajadores mantener una seguridad en el empleo, por ello suelen estar organizados en sindicatos poderosos, al menos en determinados países. La otra son las clases populares precarizadas que están integradas a la acumulación del capital pero que perviven en sectores de actividad premodernos o poco competitivos, que incluyen a sectores laborales con exiguo poder

de negociación, sea por no estar organizados en sindicatos o disponer de baja calificación laboral, inclusive por no tener la ciudadanía o sufrir discriminación racial, de género o nacionalidad, o sea por no estar asalariados y estar desempleados u ocupados en el sector informal.

En términos gruesos, se puede admitir que las clases trabajadoras del sector popular representan aproximadamente unas tres cuartas partes de la población urbana mundial, en tanto que de ese universo se despliegan los trabajadores precarizados, que serían dos tercios de las referidas clases populares a nivel mundial, pero la composición es diferente para los países desarrollados y subdesarrollados, pues mientras en los primeros los precarios son 40% de las clases populares en las periferias duplican la proporción para alcanzar 80% (Amin, 2012). A partir de estas estimaciones, puede considerarse en términos gruesos que los trabajadores precarizados alcanzan cuando menos la mitad de la población urbana mundial, y una proporción mayor prevalece en los países subdesarrollados.

Durante el periodo de posguerra, en la llamada edad de oro del capitalismo o los treinta gloriosos, en los países desarrollados las clases populares gozaron de condiciones relativamente favorables merced a las conquistas obreras frente al capital que redundaron en el fortalecimiento y estabilidad de sectores mayoritarios de los trabajadores insertados en el modelo de producción fabril de tipo fordista. En tanto que en los países subdesarrollados una parte de la clase trabajadora se dividía entre quienes padecían condiciones más precarias, que en las periferias suele ser una porción comparativamente mayor frente a los centros, cuando menos no era más de la mitad de las clases populares urbanas, en tanto que más recientemente los precarios urbanos rondan entre 70% y 80%; y la otra mitad eran trabajadores asalariados más o menos estables ubicados en sectores que

se iban modernizando o que tenían resabios de la economía colonial además de patrones añejos de industrias artesanales, toda vez que los patrones de producción conjugan formas sociotécnicas mixtas, premodernas y modernas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, las clases populares urbanas adquieren mayor presencia en el conjunto de las clases populares. Para entonces los países subdesarrollados no sobrepasaban a la mitad de la población urbana global, pero han remontado ese umbral para representar los dos tercios, lo que los convierte en la mayor reserva demográfica del orbe.

Calificaciones laborales

Actualmente, los profesionistas que cuentan con educación universitaria están siendo subsumidos de manera creciente al capital. Al respecto se discute si se han estabilizado de forma independiente, si aumentan su independencia con respecto al capital, si logran incrementar sus ingresos para dejar de depender de la venta de su fuerza de trabajo.

Después de la Segunda Guerra Mundial ocurre una diferenciación con respecto al trabajador manual industrial. Durante la época de prosperidad del capitalismo y de fuerza relativa de la clase obrera, los trabajadores calificados asalariados asumían condiciones favorables a la venta de su fuerza de trabajo. Entonces se hablaba de creciente estratificación social —no de polarización— y prevalecían las cuestiones de estatus, prestigio, etcétera. Braverman (1975) demostraba que en los setenta gran parte de los trabajadores de cuello blanco estaban sometidos a una creciente subsunción a las condiciones impuestas por el capital. La tendencia se acentuó y abarca cada vez

más a profesionistas altamente calificados, como ingenieros, matemáticos, programadores y demás personal especializado en informática. La mayoría trabaja en empresas capitalistas produciendo programas de computación; son trabajadores productivos que producen programas, mercancías dotadas de valor de uso y valor (trabajo de investigación y elaboración del programa). Pero mientras que ciertos pioneros del sector de informática han logrado independizarse y trabajar por su cuenta, en la medida en que la formación de nueva fuerza de trabajo se amplía y estandariza, los tiempos de producción individuales se comparan en el mercado —a través de los valores de los productos— y se deben adaptar a los tiempos de trabajo socialmente necesarios imperantes en la industria.

El sistema educativo capitalista está produciendo masivamente técnicos, ingenieros y matemáticos, por lo que crece inevitablemente la oferta de fuerza de trabajo calificada y la presión del capital, en el mercado laboral se comparan los trabajos y las condiciones laborales tienden a homogeneizarse «hacia abajo». Esta tendencia se verifica en países que se han especializado en producir este tipo de trabajadores, como India.

Un prototipo contemporáneo de personal calificado es la atención especializada a clientes. Se trata de trabajadores productivos con una creciente subsunción al capital. Algunas grandes empresas cuentan con mucho personal: técnicos calificados e ingenieros que realizan tareas de «servicio», reparación o asesoría. También ocurre con los servicios vía telefónica o internet. En esas labores de ritmos intensivos y de exigencia en la productividad tipo «fordista» están ingenieros, administradores y similares; en gran medida, realizan tareas monótonas y repetitivas, por bajos salarios. Los salarios son semejantes a los que ganaban los matriceros y mecánicos de mantenimiento. Estos modernos *sweatshops* se caracterizan por contar con ejércitos

de trabajadores de cuello blanco que operan una computadora o línea telefónica. Resueltamente, estos trabajadores no están fuera de la clase obrera.

Espectro improductivo

Trabajadores improductivos asalariados por el capital

El capital no sólo explota a los trabajadores que producen el plusvalor sino que además explota a los trabajadores que no producen plusvalor pero que realizan labores que son necesarias para que el capital pueda realizar el plusvalor en la esfera de la circulación. Por ejemplo, los trabajadores de las esferas de la circulación de mercancías, la contabilidad y el movimiento del dinero. Estos trabajos no producen valores de uso pero sirven de soporte a la forma social donde se produce y se realiza el plusvalor, esto es, con las formas mercancía y dinero.

Los empresarios comerciantes o bancarios forman parte de la clase capitalista, pese a que sus capitales no son fuente directa de plusvalía. En tanto que los trabajadores improductivos que están subsumidos a la relación capitalista en esas actividades forman parte de la clase obrera. Aun cuando en el siglo XIX los empleados del comercio o los bancos no estaban completamente subsumidos al capital en cuanto a sus condiciones de trabajo, Marx los consideraba, a semejanza de los trabajadores de la industria, parte integrante de la clase obrera:

En un aspecto, tal trabajador de comercio es un asalariado como cualquier otro. En primer lugar, en la medida en que lo que compra es el capital variable

del comerciante, y no el dinero gastado como rédito, por lo cual se lo compra también no para adquirir un servicio privado, sino con el fin de la autovalorización del capital allí adelantado. Segundo, en la medida en que el valor de su fuerza de trabajo y por ende su salario está determinado, como en el caso de todos los restantes asalariados, por los costos de producción y reproducción de su fuerza de trabajo específica, y no por el producto de su trabajo.

Pero entre él y los obreros directamente ocupados por el capital industrial debe existir la misma diferencia que existe entre el capital industrial y el capital comercial, y por consiguiente entre el capitalista industrial y el comerciante (Marx, 1987a:375).

Si bien no se alude al nivel de salarios, se puede admitir que la mayoría de estos trabajadores percibe una remuneración similar a los otros obreros industriales, incluso inferiores. Anteriormente, cuando germinaba el capitalismo industrial, podía prestarse a complicación distinguir a los empleados con los «estratos medios», donde el puesto de oficinistas podría aludir al gerente industrial (Braverman, 1975), no obstante en las sociedades contemporáneas el panorama es más nítido con la tendencia inexorable a la proletarización generalizada: «El salario tiene la tendencia a disminuir, inclusive en proporción con el trabajo medio, en la medida en que progresa el modo capitalista de producción. En parte, ello ocurre por división del trabajo dentro de la oficina» (Marx, 1987a:385). En el término de empleados de oficina tienen cabida trabajadores productivos de la industria e improductivos del comercio y la banca.

No queda otra salida para estos trabajadores más que la de ofrecer irremediablemente su fuerza de trabajo para subsistir y aceptar ocuparse en empleos estandarizados, rutinarios, burocráticos, mediocres, donde cada

vez más persiste la norma capitalista del consumo de simple «gasto de fuerza de trabajo». Si bien no producen valor, su actividad es importante para que el capital consiga ahorros en los gastos necesarios para la apropiación de plusvalor, como corresponde a la esfera de la circulación. Con ese cometido, el capital comercial o bancario estará estimulado a bajar el precio de la fuerza de trabajo de sus empleados, introducir la mecanización y automatización y con ello propiciar una creciente descalificación de la fuerza de trabajo especializada en sus actividades. La permanente aplicación de la automatización en la banca es una muestra fehaciente del uso de la maquinaria para subsumir el trabajo del personal otrora considerado como trabajadores calificados. Algo semejante acontece en las oficinas, cuyos procesos también se pliegan hacia normas de tipo industrial, con esquemas operativos de flujo continuo (Braverman, 1975).

Prácticamente, en todos los tipos de empleo improductivo sometidos a las actividades de realización del capital se han adoptado las formas de organización del trabajo que rememoran al del tipo «fabril» en la medida en que se impone el uso efectivo del tiempo y el espacio, toda vez que persiguiendo su propio interés la parte patronal estudia concienzudamente los métodos más eficientes para disponer de hasta el último segundo del tiempo de trabajo de sus ejércitos de empleados que desempeñan las más variadas actividades como vendedores, cajeros, almacenistas, vigilantes, etcétera, diseminados en espacios diseñados para el manejo óptimo de mercancías, trabajadores y clientes con el soporte de dispositivos electrónicos y sistemas de videovigilancia. En tal sentido, estos sectores laborales se suman a la ola expansiva de la clase obrera.

Precarios

Una embestida colosal en contra del trabajo en todo el mundo ha procreado condiciones de sometimiento de gran parte del proletariado a la precariedad, pero este sector no representa una nueva clase social, como suele confundirse, sino que sigue siendo parte de la clase trabajadora, aunado al hecho de que la precariedad ha sido un fenómeno consustancial al desarrollo del capitalismo, que ahora se actualiza y se vuelve compleja. Es un subproletariado moderno fabril y de servicios, un proletariado *part time*, a tiempo parcial, cuyo rasgo principal es el trabajo temporal y precarizado, como se ha generalizado en las cadenas transnacionales de alimentos *fast food* y servicios, como McDonalds, Walmart, etcétera.

En este sector proliferan los trabajadores considerados como «operarios parciales» que realizan sus actividades a tiempo parcial, precario, trabajo por horas. Trabajadores precarios que vienen del desempleo, encuentran empleos precarios, por ejemplo en supermercados, pero pueden caer fácilmente en el desempleo, no tienen derechos.

Prolifera la figura de un proletariado a tiempo parcial, un subproletario (Antunes, 2000), caracterizado por la precariedad de sus trabajos y la ausencia de derechos laborales mínimos. Coexiste con otro tipo de proletariado, más moderno y estable, aunque cada vez con menor presencia, que realiza actividades más «calificadas» e «intelectualizadas» (en el sentido de las funciones asignadas por el capital). Lo que predomina es la expansión de la figura de proletario precario, como las mujeres que trabajan en las maquiladoras en México.

Trabajadores no manuales

Cabe advertir que la composición de clase no está determinada por la diferenciación entre trabajador manual y trabajador intelectual. Asimismo, que el trabajo productivo no está determinado por el contenido material de lo que produce sino por la producción de plusvalía.

En tal sentido, los trabajadores de «servicios» como el transporte, almacenaje, limpieza, alimentación, salud y docencia, entre otros, sólo tienen carácter productivo si trabajan en empresas capitalistas que venden sus «servicios» como mercancías. El grueso de estos trabajadores se enmarca en la definición básica de clase obrera, puesto que venden su fuerza de trabajo, las condiciones laborales están subsumidas en la relación capitalista, inclusive padecen los estragos de la precarización de la clase obrera en su conjunto. El ritmo de trabajo de los establecimientos de servicios suele ser tan intensivo como una línea de montaje de una fábrica de automóviles, organizada por técnicas fordistas o posfordistas.

Independientemente del nivel de remuneración o del prestigio de su profesión, los trabajadores no manuales que no detentan un cargo de mando del capital forman parte de la clase obrera, no corresponden a una división social de clase:

Junto a estas clases principales figura un personal numéricamente carente de importancia, ocupado en el control de toda la maquinaria y en su reparación constante, como ingenieros, mecánicos, carpinteros, etcétera. Se trata de una clase superior de obreros, en parte educada científicamente, en parte de índole artesanal, al margen del círculo de los obreros fabriles y sólo agregada a ellos. Esta división del trabajo es *puramente técnica* (Marx, 1987b:512-513).

Estos trabajadores son productivos pues contribuyen a modificar el valor de uso y producen valor y plusvalor. Diversos trabajadores de este tipo no se encuentran sometidos a la coacción capitalista, porque no están subsumidos realmente al capital debido a que el capital no determina por completo sus modos de trabajo. A diferencia del obrero subsumido realmente, pertenecen a la clase obrera pues venden su fuerza de trabajo, son asalariados del capital, producen plusvalor, pero no se integran plenamente a la clase obrera porque sus condiciones laborales mantienen una diferenciación. Es una condición social contradictoria que requiere aclararse. Para Marx,

el escritor que proporciona trabajo como de fábrica a su librero, es un trabajador productivo. (...) el literato proletario de Leipzig, que produce libros (...) por encargo de su librero, está cerca de ser un trabajador productivo, por cuanto su producción está subsumida en el capital y no se lleva a cabo sino para valorizarlo. Una cantante que canta como un pájaro es una trabajadora improductiva. En la medida en que vende su canto, es una asalariada o una comerciante. Pero la misma cantante, contratada por un empresario (*entrepreneur*) que la hace cantar para ganar dinero, es una trabajadora productiva, pues *produce* directamente capital. Un maestro de escuela que enseña a otros no es un trabajador productivo. Pero un maestro de escuela que es contratado con otros para valorizar mediante su trabajo el dinero del empresario (*entrepreneur*) de la institución que trafica con el conocimiento (*knowledge mongering institution*), es un trabajador productivo. Aún así, la mayor parte de estos trabajadores, desde el punto de vista de la forma, apenas se subsumen formalmente en el capital: pertenecen a las formas de transición (Marx, 1985:84-85).

En tal caso, el «literato proletario» no es un pequeño propietario que vende su mercancía en forma de libro como lo haría un productor independiente, su producción está subsumida al capital, se realiza para valorizarlo, pero no la modalidad de su trabajo; es una «forma de transición que está próxima a ser un trabajador productivo, se encamina a la proletarización, no a estabilizarse en una nueva clase pequeño burguesa. Algo semejante ocurría con el maestro.

Falsa autonomía

El llamado trabajo autónomo ha sido un espacio heterogéneo y contradictorio, sin una clara determinación de clase, entre el proletariado y la pequeña burguesía, incluyendo formas «corporativas», expuesto a los estragos del desarrollo capitalista. Desde la posguerra, el trabajo autónomo se ubicó en la agricultura, la artesanía, el pequeño comercio y el transporte. El achicamiento de la agricultura en los países desarrollados y la propagación de la distribución han incidido en el grado autónomo del trabajo rural y comercial. En menor medida en las profesiones intelectuales, sobre todo aglutinadas en colegios, habitualmente consideradas el baluarte de la cultura burguesa, por sus valores y la función subsidiaria al Estado. Las transformaciones de las profesiones intelectuales afectaban al trabajo autónomo y al trabajo asalariado.

Las profesiones han sido trastocadas por las nuevas tecnologías como forma privilegiada de trabajo intelectual autónomo en las últimas décadas. Tan sólo el uso central de la computadora y el internet ha concitado un giro desde los años noventa en varias direcciones: acceso al mercado sin

intermediarios, el acceso inmediato a la información y la comunicación, trabajo a distancia, conversión del hogar en oficina, ahorro en comunicaciones, etcétera. El grado de autosuficiencia y de autonomía se ha acrecentado. Además, emergen las «nuevas profesiones», profesiones no reguladas que se erigen como un tipo ideal de trabajo autónomo, una nueva «burguesía de los talentos» que suplía a las profesiones colegiadas de raigambre decimonónica y rebasadas por la modernización. A esto se le ha denominado «trabajador autónomo de segunda generación».

El trabajo asalariado ha sido trastocado por la gestión empresarial que promueve la figura del «autoempleado» (*self-employment*), *una forma espuria de trabajo independiente, pues la empresa obliga a sus trabajadores que se conviertan en «autónomos», que asuman riesgos y responsabilidades, que sean competitivos frente a sus compañeros; no cuentan con contrato debido a que se asumen como colaboradores, no tienen horarios fijos sino disponibilidad con horarios flexibles, trabajan a domicilio, inclusive que trabajen a distancia. La pretensión es desnaturalizar el trabajo asalariado para conferirle un falso rostro de independencia, para incrementar la intensidad de trabajo, los niveles de productividad y crear la sensación de satisfacción para el empleado, sometido en realidad a una mayor responsabilidad y estrés permanente.*

Las nuevas tecnologías han suscitado entre los *freelance* la propagación del individualismo que funge como ideología neoliberal que genera un ambiente de euforia y competitividad al sentirse parte una novedad de la época llamada posfordista, que los torna en agresivos agentes de mercado reacios a asociarse entre colegas para crear y defender sus derechos y crear relaciones de solidaridad.

Esta figura paradigmática del trabajo compatible con el aparato tecnológico en boga resulta débil y engañosa ante las oscilaciones del mercado,

que golpean con más vigor a las figuras y empleos que no disponen de redes de protección ni organización de base.

Subsumido en este espíritu individualista y competitivo, el trabajador se confunde con la peregrina idea ser él mismo una forma de empresa, de no pertenecer al mundo del trabajo. La normatividad que impulsa esta nueva y enajenada identidad, descataloga las formas de asociación o pactos que servían como redes de protección mínimas, resultan incompatibles con la normatividad antimonopolios en la medida en que se conciben como funcionales a la libre empresa.

El eje de la contradicción entre capital y trabajo habría sido transferido hacia la subjetividad del trabajador, para que se alejara del antagonismo frente a su enemigo histórico y asumiera, en su lugar, preceptos como «responsabilidad personal», «enriquecimiento del trabajo», «horizontalidad jerárquica», entre otros, para encontrar un terreno de confrontación y de superación individual entre sus congéneres. La generación de un ambiente de competencia en el ámbito laboral y la precarización generalizada de las condiciones de trabajo exacerbaron la transmutación de la contradicción principal. Es sintomático el tratamiento conferido a los trabajadores «cuentapropistas», que al final de cuentas desempeñan trabajos semejantes al de un empleado convencional con el atenuante de que lo realizan por su cuenta y riesgo, impelidos por la ideología individualista. Además, la gestión del trabajo dentro de las empresas adopta esos preceptos, y rediseña tareas que a la postre renombran la función de los empleados, de modo que les denomina, por ejemplo, «gestores» o «colaboradores» de la empresa, como si en efecto fuesen trabajadores por cuenta propia insertados en un área de trabajo (p. ej., los «centros de utilidades») (Trenkle, 2016). O el caso de los trabajadores subcontratados, trabajadores sin derechos en

el sector formal, público y privado, que habitualmente realizan funciones para una empresas o varias empresas, que a su vez se han desprendido de determinadas funciones y tareas que antes realizaban por su cuenta para ahora delegarlas en empresas o trabajadores contratados para que cubran esos servicios, y con ello abaratar costos y pago de impuestos en su contabilidad, que son externalizados en subcontratistas que precarizan en grado extremo a los trabajadores.

Las políticas estatales de gestión del empleo utilizan un discurso orientado a favorecer la flexibilización y precarización laboral que exaltan la «autogestión» y la «responsabilidad personal» de los trabajadores que entran y salen del ámbito laboral, pero que son reinsertados en mercados laborales provistos de un catálogo amplio de empleos «chatarra» con altas dosis de ideología de superación personal y de individualismo mercantil.

Subsunción del sector no asalariado

El concepto de subsunción del trabajo en el capital referido en términos abstractos al proceso inmediato de producción capitalista puede ser ampliado a la circulación del capital y al sistema global de producción-circulación donde aparece el consumo final o improductivo, el ámbito de los imaginarios y la cultura (Negri, 2006; Veraza, 2008; Márquez, 2017b).

De manera típicamente capitalista el proceso de valorización ocurre con la explotación del trabajador asalariado, en una travesía que principia cuando el proletario se ve orillado a vender su fuerza de trabajo al capitalista, quien por su parte la compra en una relación que se pacta jurídicamente y en términos mercantiles como si fuese un inobjetable intercambio de

equivalentes, la venta de la mercancía fuerza de trabajo a cambio del pago de un salario, continúa con el consumo productivo de la fuerza de trabajo, mediante la producción de mercancías, y se corona con la apropiación del plus trabajo, que representa un plusvalor. En la primera parte de esta escenificación los protagonistas, el trabajador y el capital, aparecen como simples compradores y vendedores, y en ese caso el obrero se distingue de otros vendedores por «el específico valor de uso de lo que vende».

Trabajo rural y campesinado

En la clase trabajadora también debe incluirse al proletariado rural, que igualmente vende su fuerza de trabajo al capital; son asalariados en los campos agrícolas, como jornaleros, trabajadores temporales y jornaleros agrícolas migrantes, sobre todo en zonas agroexportadoras y agroindustriales, vinculadas a los mercados de consumo nacional e internacional, en un contexto donde ha ocurrido una reconversión agrícola de las periferias, otrora exportadoras de productos tropicales como materias primas para la industria de países desarrollados, y ahora proveedores de productos suntuarios, asociados a acaparamiento de tierras, monocultivos y cambios tecnológicos.

El capitalismo expansivo ha desaparecido a los campesinos, pero también ha generado condiciones que permiten la regeneración del campesinado en determinadas áreas.

En el caso de la explotación del campesino la escena principal de la explotación, así sea indirecta, no se verifica en el ámbito de la producción sino que transcurre en el proceso de circulación. En primera instancia el productor directo, el campesino, sea por caso, produce un excedente

empleando sus propios medios de producción (tierra, insumos, maquinaria) y su fuerza de trabajo (o puede comprar fuerza de trabajo adicional), en segundo momento se desplaza al mercado para vender sus productos levantados en la cosecha, pero este intercambio no aparece como entre equivalentes sino, al contrario, es un intercambio de no equivalentes. En ese intercambio desigual el trabajador directo y propietario de los medios de producción aparece como vendedor y explotado, en tanto que el capital que compra la cosecha para revenderla o industrializarla aparece como comprador y explotador. A diferencia de otros vendedores, el sello del campesino no es el valor de uso sino el valor de cambio de la mercancía que vende y el campesino tiene que malbaratar su cosecha porque de ese ingreso depende total o parcialmente su sobrevivencia (Bartra, 2006).

En la moderna agricultura campesina y en particular la pequeña producción por contrato inmersa en un capitalismo global más que maduro los inicuos intercambios son una variante excéntrica de la explotación capitalista, donde el trato comercial en que se amarra la exacción del excedente no es previo —como sucede en el caso del obrero que vende su fuerza de trabajo antes de entrar a laborar por cuenta del patrón— sino que la compraventa expoliadora es posterior a un proceso productivo que se desarrolló bajo el mando del trabajador directo. El punto es que ocurre de manera reiterada un intercambio desigual en la medida en que se transfiere plusvalor después de haber sido creada, aunque también debe reconocerse que hay una subsunción material del trabajo campesino en el capital en tanto se acude al mercado para adquirir insumos, implementos, maquinaria, crédito y fuerza de trabajo para producir, algo que se afianza más cuando se sujeta el campesino a los términos de la agricultura por contrato en esquemas de proveeduría de insumos industriales, más aún,

cuando se trata simple y llanamente de agricultura empresarial donde los productores directos se proletarizan.

Mujeres trabajadoras

Dentro del proceso de industrialización y la expansión de los servicios, el capitalismo ha sometido al régimen asalariado a grandes cantidades de mujeres, que por esa vía parecieran emanciparse al ingresar al mercado laboral, pero las remite a una nueva y más severa forma de dependencia frente al capital, pero también ha confinado a grandes cantidades de mujeres al trabajo reproductivo y actividades de cuidado. Dos modalidades de trabajo, productivo y reproductivo, que a menudo implican en realidad una doble jornada.

Es un hecho histórico que la clase trabajadora siempre ha estado compuesta por mujeres y por hombres. De hecho, algunos sectores, como la industria textil, se organizaron en torno a la mayor explotación de las obreras. Actualmente, los trabajadores tienen presencia mayoritaria en diversos sectores laborales, sobre todo en los especializados con trabajo a tiempo parcial, que han mostrado un crecimiento abrumador en las últimas décadas y han propagado la precarización acentuada. En términos generales, se ha expandido la inserción femenina en el mercado laboral, y máxime cuando el capital le confiere funciones de tipo polivalentes, que conjugan dentro y fuera de casa. El capital venía explotando el trabajo reproductivo realizado por las mujeres en el ámbito doméstico, y ahora profundiza la explotación en los ámbitos fabriles y de servicios.

En el trabajo doméstico se despliega el trabajo reproductivo y se crea un entorno para la socialización básica, la gestación y crianza de los hijos,

que se prepararán para entrar algún día al mercado, además de garantizar la subsistencia material y espiritual de los adultos insertados o retirados del mercado laboral o de productos. El mantenimiento del hogar precisa producir o adquirir bienes y servicios que configuran una «economía del cuidado», de «trabajo afectivo», que confiere un papel a la familia, económico y psicológico. En las familias tradicionales y en las monoparentales donde asume la jefatura, la mujer suele cargar con las labores domésticas, a cuya función biológica reproductiva se impone la carga del trabajo doméstico, una función ancestral que en el capitalismo, que escinde lo productivo y lo reproductivo, encubre una explotación u opresión de la mayoría de las mujeres. El capitalismo es

un sistema social de producción que no reconoce la producción y reproducción del trabajo como una actividad socioeconómica y como una fuente de acumulación del capital y, en cambio, la mistifica como un recurso natural o un servicio personal, al tiempo que saca provecho de la condición no-asalariada del trabajo involucrado (...) [;] las jerarquías sexuales siempre están al servicio de un proyecto de dominación que sólo puede sustentarse a sí mismo a través de la división, constantemente renovada, de aquellos a quienes intenta gobernar (Federici, 2010:16-17).

Para concluir: disyuntiva sobre un horizonte abierto

Al menos, tres grandes tendencias del capitalismo contemporáneo actúan como moduladores del cambio en la relación entre capital y trabajo, cada una de las cuales entraña su propia contradicción.

a) Desindustrialización/reindustrialización

La participación del sector industrial ha menguado en las economías capitalistas maduras durante el siglo pasado. En las ramas de la manufactura, minería y energía, entre otras, han decaído drásticamente los niveles de producción y empleo. Sin embargo, de esa crucial tendencia verificada en los grandes centros de la economía mundial, sobre todo Estados Unidos y el norte de Europa, no se puede colegir que el mundo en su conjunto se haya desindustrializado y que estamos en una sociedad posindustrial. Esa es una visión euroestadounidense que no puede hacerse extensiva al resto del orbe.

No ha ocurrido ninguna desindustrialización a nivel mundial. En todo caso, el fenómeno de la desindustrialización se ha verificado al seno de las economías capitalistas maduras, pero no en las llamadas economías emergentes o menos desarrolladas que se reinsertan a las nuevas pautas de la división internacional del trabajo.

El tema ha sido ampliamente discutido alrededor de la cuestión de si la clase obrera ha disminuido y si ya no es la principal fuerza de cambio en el capitalismo; por añadidura se cuestiona si una sociedad socialista o poscapitalista será un mundo sin industria o sin trabajadores en la industria. Pero el hecho es que el mundo no está desindustrializado. Las estadísticas internacionales recabadas por la OIT en sus diversos informes muestran como la cuantía de las personas trabajadoras se incrementa de manera multianual, por lo que los trabajadores que producen valor a escala mundial, en lugar de aminorar, siguen aumentando.

La base industrial de las economías maduras ha sido relocalizada porque deja de ser rentable la inversión para el capital en los grandes centros

industriales, como sucedió a fines del siglo XIX con la industria británica o en Estados Unidos y otras economías asociadas a finales del siglo XX. Para contrarrestar la caída de la rentabilidad se implementa la estrategia de «globalización», es decir, la colocación del capital financiero e industrial en otros territorios, sobre todo en las economías «emergentes» y periféricas dotadas de abundante fuerza de trabajo barata susceptible de explotarse y recursos naturales y fuentes de energía sin regulación estatal para deprender y engullir en los procesos productivos.

b) Desproletarización/nueva proletarización

Los datos sobre los trabajadores industriales a niveles mundial y nacional suelen subestimar su cuantía, pues varias categorías del trabajo industrial se transfieren al sector de servicios, como por ejemplo el transporte, comunicaciones y alta tecnología. Los datos internacionales estiman que la fuerza de trabajo industrial se acrecienta, incluso a un ritmo mayor que el sector de los llamados servicios, toda vez que muchas actividades clasificadas precisamente como servicios son en realidad funciones articuladas a la industria. No obstante, se reciente un declive en las economías desarrolladas con industrias maduras y un leve incremento en la participación porcentual de trabajadores industriales en el sector laboral global.

La gran caída no se ha verificado en el trabajo industrial sino en el trabajo agrícola mundial. El proceso de absorción de campesinos y trabajadores agrícolas de zonas rurales para convertirlos en trabajadores de la industria en las ciudades no ha terminado. Más clara es la caída de la fuerza de trabajo agrícola a nivel mundial, inmersa en procesos de industrialización de la producción agroalimentaria que introduce la tecnificación, el acaparamiento

de tierras y la exportación de productos con mayor cotización en los mercados internacionales. El gran fenómeno que ha venido avanzando, lentamente, a nivel mundial, durante el último siglo y medio, más que la desindustrialización es el de la desruralización o descampesinización.

No obstante, a nivel mundial la mayoría de los trabajadores están ocupados en el multiforme sector de los servicios. Pero este sector está mal definido, y nadie puede ser ubicado claramente como trabajador industrial o agrícola. El sector laboral de los servicios era pequeño en términos estadísticos, comparado con el agrícola, pero lo ha rebasado hasta configurarse como el más grande en la economía contemporánea.

La participación de trabajadores industriales en las economías más desarrolladas ha decaído, de la misma manera en que se ha ralentizado el empleo en general en los centros de la economía mundial. El paro urbano es un problema estructural que ha desencadenado conflictos sociales y políticos sin solución a la vista.

Por añadidura, el empobrecimiento de la clase obrera se ha profundizado. La caída de la participación de los trabajadores en el ingreso nacional ha sido dramática, lo cual suele agudizarse en las crisis recurrentes para no volver a recuperarse, cuando menos al nivel establecido en los años más estables de los regímenes de Estado benefactor o desarrollista.

c) Tecnologización/depredación de trabajadores

El capitalismo ha mostrado grandes avances tecnológicos y ha ampliado su cobertura espacial, pero las horrendas condiciones de miseria, enfermedad, las condiciones de los talleres de sudor, lesiones y pobreza que padecieron hombres, mujeres y niños rurales conforme fueron sometidos e

incorporados a trabajar en las ciudades de rápida industrialización y urbanización en el norte de Inglaterra, según las descripciones de Engels (1845) sobre las condiciones del proletariado inglés del siglo XIX, en el siglo XXI parece repetirse la misma o una historia semejante en los guetos de China, el Sudeste de Asia, India y América Latina, es decir, las regiones donde se están alojando las manufacturas con los mayores niveles de empleo, inversión y producción.

En lugar de avanzar hacia una sociedad del ocio «poscapitalista», como presagiaba la utopía del progreso merced a la prevalencia de las tecnociencias, las nuevas tecnologías, los robots, etcétera, que incrementarían notablemente la productividad y propiciarían una transición hacia el trabajo libre, la explotación y la pobreza continúan como los rasgos profundos del capitalismo. Las horas de trabajo cubren la parte sustancial, insomne, del tiempo de la vida, sin que las economías maduras den muestras de una disminución de las ataduras el trabajo ni que se contraigan las muy altas jornadas laborales industriales en las economías emergentes y periféricas, que han concentrado los procesos intensivos en fuerza de trabajo. Aparte de las élites que viven orondamente del trabajo de los demás, se han generalizado los empleos precarios donde prevalece la exigencia de laborar «duro» y sin seguridad apenas para sobrevivir. En la modernidad tardía, el capitalismo continúa siendo la principal cadena en la producción y la fuerza de clase de los capitalistas se opone decididamente a la libertad humana más sustancial.

Desde los análisis más tempranos de Marx y hasta los más recientes, provenientes de economistas, tecnólogos y comentaristas diversos es que el avance inexorable de la tecnología tiende a consolidar procesos productivos más intensivos en capital y menos en fuerza de trabajo. La disyuntiva

que se bosqueja es que las novísimas tecnologías pueden crear nuevas industrias, que se destacan por su alta intensidad en capital, al basarse, por ejemplo, en robótica, inteligencia artificial y otras tecnologías convergentes. Eventualmente, también se abren nuevos sectores laborales, pero grandes contingentes laborales se tornan prescindibles y se amplifica la precarización laboral. Sea como fuere, la lucha entre el capital y el trabajo tiende a intensificarse y conducirse por pasajes más intrincados.

El punto clave radica en las relaciones sociales de producción y en la disputa que entablan el capital y el trabajo para apropiarse del valor creado por el trabajo social según un cierto nivel de productividad. La distribución del plusvalor se dirime mediante la lucha de clases y de conformidad a una cierta configuración económico-política, que en la actualidad podemos reconocer como capitalismo neoliberal. En el curso de las últimas tres décadas, durante la vigencia del proyecto neoliberal, la principal confrontación social se ha decantado claramente hacia los intereses del capital. El trabajo está perdiendo la batalla debido a que se han menguado el poder político de los trabajadores y se ha desmantelado la institucionalidad que le daba cierta protección. En este nuevo escenario de contrarreforma se han impuesto draconianas leyes antisindicales, se han desmantelado las conquistas laborales y los esquemas legales e institucionales de protección al empleo y contratación permanente, las formas de salario directo e indirecto y la calidad de vida de los trabajadores y sus familias han sufrido un gran revés histórico, el ejército de reserva integrado por una gran masa de desempleados y subempleados ha crecido de manera desproporcionada como resultado de la implantación de diversas modalidades de la fábrica industrial global o lo que hemos llamado redes globales de capital monopolista.

Referencias

- Amin, Samir (2012), *El capitalismo contemporáneo*, Barcelona, El Viejo Topo.
- Antunes, Ricardo (2000), «La centralidad del trabajo hoy», *Papeles de Población*, 6(25).
- Bartra, Armando (2006), *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México/Itaca.
- Bernardo, João (2009), *Economia dos conflitos sociais*, São Paulo, Expressão Popular.
- Bolaño, César (2013), *Industria cultural, información y capitalismo*, Barcelona, Gedisa.
- Braverman, Harry (1975), *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*, México, Nuestro Tiempo.
- Engels, Frederick (2000), *Del socialismo utópico al socialismo científico*, en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/dsusc/index.htm#indice>
- _____ (2002), *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/index.htm>
- Federici, Silvia (2010), *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Gorz, André (1981), *Adiós al proletariado (más allá del socialismo)*, Barcelona, El Viejo Topo.
- Guevara, Che (2007), *La guerra de guerrillas*, La Habana, Ocean Sur.
- Habermas, Jürgen (1986), *Ciencia y técnica como ideología*, Madrid, Técno.
- Hinkelammert, Franz J. y Henry Mora Jiménez (2014), *Economía, vida humana y bien común. 25 reflexiones sobre economía crítica*, San José, Arlekin.
- Márquez Covarrubias, Humberto (2010), «Crisis del sistema capitalista mundial: paradojas y respuestas», *Polis* (27).

- _____ (2017a), «Universidad pública intervenida. Subsunción del trabajo conceptual y desvalorización del proceso educativo», *Observatorio del Desarrollo*, 6(16).
- _____ (2017b), «Jaque perpetuo: quebranto de la reproducción social», en Jeza-bel Hernández, Sigifredo Esquivel y Leocadio Martínez (coords.), *Salud mental y pobreza. Una mirada desde la globalización*, Zacatecas, Taberna Librería.
- Marx, Karl (1975), *El capital. El proceso de producción del capital*, tomo I, vol. 2, México, Siglo XXI.
- _____ (1979), «Emigración forzada», en Karl Marx y Federico Engels, *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*, México, Cuadernos de Pasado y Presente.
- _____ (1980), *Teorías sobre la plusvalía I* (tomo IV de *El capital*), México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1982), *El capital. Crítica de la economía política* (tomo III/volumen 7), México, Siglo XXI.
- _____ (1983), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858* (volumen 2), México, Siglo XXI.
- _____ (1985), *El capital. Libro I. Capítulo VI (inédito)*, México, Siglo XXI.
- _____ (1987a), *El capital. Crítica de la economía política* (tomo III, volumen 6), México, Siglo XXI.
- _____ (1987b), *El capital. Crítica de la economía política* (tomo I/volumen 2), México, Siglo XXI.
- _____ (1999), *El capital* (tomo III), México, Siglo XXI.
- _____ (2005), *El capital. Crítica de la economía política* (tomo I/volumen 3), México, Siglo XXI.
- _____ (2001), *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/manuscritos/>
- Marx, Karl y Friedrich Engels (2001), *Manifiesto comunista*, Madrid, Alianza.

- Méda, Dominique (1988), *El trabajo: un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Gedisa.
- Mészáros, István (2010), *Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición*, La Paz, Pasado y Presente XXI.
- Negri, Antonio (2006), *Fábricas del sujeto/ontología de la subversión*, Madrid, Akal.
- Offe, Clause (1992), *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales del trabajo y perspectivas de futuro*, Madrid, Alianza.
- Organización Internacional del Trabajo (OIT) (1998), *Repercusión de las disposiciones sobre flexibilidad de los mercados de trabajo en las industrias mecánicas, eléctricas y electrónicas*, Informe para el debate de la Reunión Tripartita sobre la Repercusión de las disposiciones sobre flexibilidad de los mercados de trabajo en las industrias mecánicas, eléctricas y electrónicas, Ginebra, Oficina Internacional del Trabajo.
- Rifkin, Jeremy (1996), *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Barcelona, Paidós.
- Roberts, Michael (2013), «Manzanas, robots y plutócratas», *Sin Permiso*, en <http://tratarde.org/wp-content/uploads/2013/01/MANZANAS-ROBOTS-Y-PLUTÓCRATAS-por-Michael-Roberts.pdf>
- Sánchez, David, Norman Solórzano e Isabel Lucena (eds.) (2004), *Nuevos colonialismos del capital. Propiedad intelectual, biodiversidad y derechos de los pueblos*, Barcelona, Icaria.
- Tetreault, Darcy, Cindy McCulligh y Carlos Lucio (coords.) (2019), *Despojo, conflictos socioambientales y alternativas en México*, México, Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma de Zacatecas.
- Trenkle, Norbert (2016), «Lucha sin clases: ¿por qué el proletariado no resurge en el proceso de crisis capitalista?», *Krisis* (30).

- Veraza, Jorge (2008), *Subsunción real del consumo bajo el capital*, México, Ítaca.
- Weber, Max (1975), *El político y el científico*, Madrid, Alianza.
- Wright, Erik (2010), *Preguntas a la desigualdad. Ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo*, Bogotá, Universidad del Rosario.
- Žižek, Slavoj (2012), «La revuelta de la burguesía asalariada», *Rebelión*, en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=143383>
- _____ (2012), *Viviendo en el final de los tiempos*, Madrid, Akal.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional